

América en las historietas de Hugo Pratt

Por su talento como narrador y dibujante, pero también por el caudal de rigurosa documentación que emplea en su obra, Hugo Pratt ha sido protagonista de análisis de todo orden. El punto clave para entender ese reconocimiento, aparte de sus facultades artísticas, reside en la consistencia de un personaje, Corto Maltés, hombre de acción, anarquista, caballero de fortuna y aficionado a los saberes heterodoxos. Trazar las rutas de ese nómada se vuelve complejo, pues lo mismo aprecia el paisaje pampeano que las selvas más tupidas. De Bahía a la Patagonia, este hijo tardío de London acaba por descubrir nuevos lugares en los que desentenderse de la modernidad. Pero su creador también alimenta una imagen de hombre de acción semejante a la del héroe de sus relatos. Es posible pensar en una idealización de su biografía, no exenta de riesgos y situaciones asombrosas. Tal vez ello explique las constantes interferencias entre realidad y fantasía detectables en toda la producción dedicada al citado personaje.

Hugo Pratt nace en las cercanías de Rimini el 15 de junio de 1927. El padre, Rolando Pratt, es de ascendencia anglosajona, en tanto que su madre, Evelina Genero, pertenece por línea paterna a la familia judía Zeno-Toledano. Entre los ancestros más lejanos del pequeño hay franceses, españoles y turcos. Si a ese cosmopolitismo genealógico sumamos la afición de los progenitores por el esoterismo en todas sus manifestaciones, no será difícil descubrir el venero del que más adelante surgirán posteriores argumentos. De la infancia en Venecia quedan los recuerdos de una casa amplia, permanentemente ocupada por algún huésped, y las primeras lecturas, a mitad de camino entre las mitologías europeas y los clásicos de la aventura juvenil.

Cuando Rolando Pratt obtiene trabajo en Abisinia, Evelina y Hugo cambian el paisaje familiar por la incertidumbre y el exotismo africanos. Es el año 1937 y la colonia constituye un microcosmos en el que se alternan las revistas militares y las tradiciones locales. El padre, mussoliniano convencido, enrola al pequeño como cadete en la policía colonial, institución de la cual será el benjamín. Las impresiones de la niñez están relacionadas con el espíritu colonial, pero también con la seductora diversidad étnica y cultural de esa tierra adoptiva.

Cuatro años después, las tropas aliadas liberan Addis Abeba y Rolando es internado en un campo de prisioneros francés, donde muere víctima de las fiebres. Desolados por esa pérdida, madre e hijo regresan a Italia en 1943, a bordo de un buque de la Cruz Roja. No acaba ahí el lance, pues su retorno a Venecia, bajo control alemán, levanta las sospechas de las SS, que arrestan a Hugo bajo acusación de espionaje. Forzado en principio a colaborar con el ejército germano, opta finalmente por huir, poniéndose a las órdenes del mando aliado. El significado de ese gesto va más allá de la deserción. En cierto sentido, prefigura el antiautoritarismo militante que sustentará en posteriores etapas de su vida.

Ese peregrinar sin destino fijo durante su infancia y juventud coincide con el paulatino descubrimiento de la vocación artística. Y es en el mundo de la historieta donde halla un medio apropiado para compaginar narración y dibujo, siguiendo los pasos de Will Eisner, Bob Kane y Milton Caniff, los tres autores que recuerda haber leído —y admirado— en Etiopía. En diciembre de 1945 conoce al dibujante Mario Faustinelli, fundador de la revista *Albo Uragano*, que al cabo de dos años pasa a llamarse *Asso di Picche-Comics*, subrayando así la figura del personaje principal, un justiciero enmascarado al estilo de los *comic-books* estadounidenses. El apoyo de Faustinelli es primordial en la carrera de Pratt. Convertido en ilustrador profesional, empieza a trabajar junto al escritor Alberto Ongaro y los artistas Damiano Damiani, Paolo Campani, Giorgio Bellavitis y Dino Battaglia. A esta época pertenecen *Ray e Roy* (1946), *Indian Lore* (1947), *Indian River* (1948) y *Junglemen* (1949), todas ellas historietas de un Pratt primerizo, aún inseguro de su estilo.

Desde 1948 *L'Asso di Picche* aparece en las páginas de *Salgari*, una revista publicada en Argentina por la Editorial Abril. El director, César Civita, ofrece a Pratt y Faustinelli la posibilidad de dibujar en Buenos Aires. Aceptadas las condiciones del contrato, ambos dejan Italia en noviembre de 1949. Casi desde el primer momento, el recién llegado busca el modo de entrar en sociedad. El encanto que la bohemia bonaerense ejerce sobre él va más allá de los tópicos sobre la porteñidad. No obstante, el tango será la expresión artística y social más perdurable en sus recuerdos. El otro nivel de integración, alejado de cafés y salones de baile, lo alcanza en el ambiente profesional. Conoce, entre otros, a José Luis Salinas, el magistral dibujante argentino llevado a la popularidad por la serie aventurera *Hernán el corsario* (1936-1946).

Por esta época, su estilo, emparentado con la línea clara de la escuela francobelga, ha madurado definitivamente gracias al estudio de la técnica de pincel desarrollada por Milton Caniff. En el capítulo de los guiones hemos de resaltar la personalidad del escritor que acierta a mostrarse compañero ideal del italiano, Héctor Germán Oesterheld (1919-1977),



cuyo talento sale a relucir en la primera colaboración entre ambos, *El sargento Kirk* (1953). Demostrando sus arrestos como creador, Oesterheld decide afrontar una aventura editorial para la que habrá de realizar un número insólito de guiones: funda junto a su hermano Jorge las Ediciones Frontera, empresa que comercializa las revistas *Hora Cero* y *Frontera*, poniendo posteriormente a la venta *HOM Cero Extra*, *Frontera Extra* y *Hora Cero Semanal*. Todas las historietas incluidas en esas publicaciones están firmadas por él, pero semejante proliferación no significa un descenso de la calidad. Antes al contrario, el nivel medio de guión y dibujo es muy satisfactorio. En las páginas del primer número de *Frontera*, Solano López ilustra *Joe Zonda*, Pavone se encarga de *Verdugo Ranch* y Roume de *Tipp Kenya*. La cuarta serie, *Ticonderoga*, queda bajo la responsabilidad de Pratt, quien tiene aquí oportunidad de desarrollar uno de sus asuntos favoritos, las guerras francoinglesas en el siglo XVIII americano.

Todavía en 1957, se une a otro excelente artista, Alberto Breccia, para colaborar en la Escuela Panamericana de Arte que dirige Enrique Lipszyc. Hace compatible esa actividad con el desarrollo de series como *Lord Crack* y *Lobo Conrad*, aparecidas en *Hora Cero*, la misma cabecera que albergará otra colaboración importante con Oesterheld, *Ernie Pike* (1957), historieta bélica protagonizada por un corresponsal de guerra. El aprendizaje de Pratt en Ediciones Frontera, su maduración como narrador, se traduce en una primera obra firmada en solitario, *Ann y Dan* (1959), aventura africana de ambiente colonial. No obstante su desaprobación del imperialismo, persiste en esta historieta cierta fascinación por los ejércitos aristocráticos, fieles a honorables dictados, enfrentados de continuo a tribus guerreras.

Tras un período de trabajo en Londres, regresa a Buenos Aires y firma un contrato con Ediciones Yago. Desde 1962 la revista *Supermistrix* publica las planchas de *Capitán Cormorant* y *Wheeling*. Sin embargo, pese a la calidad de estas dos colecciones, la crisis económica argentina dificulta su situación profesional, y decide finalmente volver a Italia, donde encuentra ocupación en el *Corriere dei Piccoli*. Las emociones del retorno son contradictorias. Pratt añora los paisajes y el ambiente social que ha descubierto en América. En la obstinación por reencontrarse con ese mundo advertimos su gusto por el exotismo y los impulsos del viajero que quiere alejarse de la vida sedentaria, al menos por un tiempo. Un viaje a Brasil abre un nuevo paréntesis en su biografía profesional. Es una etapa de pasiones exaltadas, como se deduce del romance mantenido con una de las hermanas Dos Santos, sus anfitrionas en Salvador de Bahía. Tiene con ella una hija y la reconoce, cumpliendo el mismo requisito legal con los hijos de la otra hermana, de modo que el apellido Pratt se impone en esa familia adoptiva. Aquí los